

to del azote. Los comisionados comunicarían al ministro del Interior todas sus observaciones y le señalarían, así como a los prefectos de los departamentos meridionales, las providencias necesarias para impedir la penetración del mal.

En sus juntas de 27 de brumario y primero de frimario<sup>4</sup>, la Escuela de Medicina de Mompeller nombró a los miembros que iban a integrar la Comisión. Fueron los profesores Berthe, Lafabrie, Broussonnet a los que se agregaron como auxiliares, tres médicos jóvenes, doctores de la misma universidad, César Caizergues, G.M.L. Plantade y Joseph Gariga y Buach, de San Pedro Piscador, corregimiento de Gerona. Les servirían de secretarios y de intérprete.

Salieron de Mompeller el 4 de frimario (25 de noviembre de 1800). Se detuvieron un día en Perpiñán, concertándose con los doctores Bonafos y Massot para que adoptasen medidas preventivas en la raya, por si fuera necesario. No bien llegada a Barcelona el 13 de frimario (3 de diciembre), la Comisión, acompañada por su compatriota el comisario de las relaciones comerciales Dannery, fue a saludar al capitán general de Cataluña, marqués de la Romana. Éste no sabía nada del objeto de la Comisión y tal vez, no veía su utilidad, ya que afirmó que la «fiebre epidémica» tendía manifiestamente a su fin y sólo quedaban cinco o seis enfermos en Sevilla. Tras algunas dificultades y dilaciones, los comisionados consiguieron el 26 de frimario (16 de diciembre) los pasaportes necesarios para proseguir su viaje, así como una carta de introducción del embajador de Francia, Luciano Bonaparte.

De Barcelona, pasaron a Valencia. El relator del viaje, doctor Berthe<sup>5</sup> no se explica en pormenores y anécdotas; alude sólo a los «peligros y fatigas» que afrontan. En Valencia, comprobaron los comisionados que, desmintiendo unos rumores que circulaban, no había penetrado el contagio. Sólo se observaban las fiebres bilioso-pútridas acostumbradas.

Fue en Córdoba donde, por primera vez, oyeron hablar de la «enfermedad de Andalucía». Se declaró a fines de septiembre en unos individuos fugados de Cádiz, pero el doctor Masquier los aisló inmediatamente en el hospital donde se quedó ahogado el germen. Y así se salvó la ciudad. No pasó lo mismo en el burgo vecino de la Carlota. A pesar de su situación sanísima en un cerro, abrigada de los vientos impetuosos por altas montañas, de sus calles anchas y casas cómodas, se infiltró en él el miasma deletéreo por culpa de unos fugitivos que trajeron la enfermedad, contaminando al dueño y al personal de la posada donde se alojaron. El contagio invadió toda la población, compuesta esencialmente de colonos alemanes, cuya tercera parte arrebató en muy breve tiempo. No entraron los comisionados en la Carlota, porque estaba rodeada todavía por un cordón de tropas, aunque los comandantes les aseguraron que todo peligro había cesado ya.

<sup>4</sup> 18 y 21 de noviembre de 1800.

<sup>5</sup> Véase J.N. Berthe, *Précis historique de la maladie qui a régné dans l'Andalousie en 1800 (années 8 et 9 de la République)*, París, 1802, 403 p. en 4.º El profesor Berthe era miembro del Real Colegio de Medicina de la Real Academia de Medicina de Madrid y de la Sociedad de Medicina Práctica de Barcelona. Su obra venía dedicada al Ministro del Interior J. A. Chaptal, profesor de química en la Universidad de Mompeller.

Prosiguiendo su camino, llegaron a Écija, ciudad que pinta Berthe como bastante dilatada y muy poblada. Allí también gente emigrada de Cádiz y de Sevilla, habían sido los introductores del mal. Pero, sin tardar, se tomaron las medidas administrativas que exigía la situación (aislamiento de los enfermos y del cuerpo médico que los asistía), bajo la dirección del intendente de sanidad Soler que, por su inteligente actuación, ahorró a Écija desgracias aún mayores. Todas las puertas de la ciudad se cerraron menos dos y los vecinos de todas las profesiones y clases sociales se turnaban a la entrada para controlar a todos los transeúntes deseosos de franquear las barreras, cumpliendo así un deber de estricta vigilancia que contuvo la progresión del contagio. Esta vez, penetró la comisión en la ciudad, todavía acordonada, y vio que no quedaban residuos de la enfermedad, pero sí de su violencia pasada. En las caras de los ecijanos supervivientes, se leían la ansiedad y el espanto. Callados, sumidos en profunda tristeza, recordaban las horas dramáticas que acababan de vivir y lloraban a sus muertos. Seguían prohibidas todas las diversiones públicas así como las reuniones en las iglesias<sup>6</sup>.

No se detuvo mucho tiempo la comisión en Écija y tomó rumbo hacia Carmona. Se queja el doctor Berthe del cansancio, de las privaciones sufridas y de las incomodidades del viaje. Además, los cocheros los estafan, pidiendo 450 francos por llevarlos de la Carlota a Carmona y 120 de suplemento por conducirlos hasta Sevilla. Se aprovechan, subrayando el riesgo que entraña acercarse a los parajes inficionados y los comisionados tienen que conformarse con sus exigencias.

En Carmona, el general que mandaba las tropas del cordón, marqués de la Solana, había establecido allí su cuartel general y dispuesto otro cordón en Mairena, lo más cerca posible del foco contagioso. Amén de esta zona, controlaba varios puntos en el paso de la Sierra Morena, extendiéndose su vigilancia hasta cuarenta leguas tierra adentro. El doctor Berthe alaba su valor y su talento de organizador audaz. Por cierto, dice, perdió unos soldados suyos, pero «España le debe su salvación». Con él y el intendente Soler, los comisionados celebraron varias conferencias y se enteraron de los acontecimientos pasados. Para entrar en Sevilla, necesitaban una autorización y recomendación especial del consejero de Castilla y miembro de la Junta Suprema de Sanidad, don Gonzalo Josef Vilches. Le esperaban en Carmona, pues venía a dirigir las últimas providencias destinadas a erradicar el germen nocivo y prevenir que retoñase. El día primero de febrero de 1801, les entregó un oficio en el que mandaba a todas las Juntas de Sanidad del Reino en Sevilla proporcionasen a la comisión cuantas informaciones pudiera necesitar y exigía la más puntual obediencia a sus órdenes.

Pudo así el grupo de médicos franceses abandonar Carmona y reanudar su viaje hacia Sevilla, lo que hizo al día siguiente. Antes de llegar, sufrieron un pequeño contratiempo; temiendo los cocheros aproximarse más a la ciudad maldita, pararon sus caballerías a media legua de las puertas, frente a la posada *A la Cruz del Campo* y volvieron grupas.

<sup>6</sup> Opinaba Berthe que, ya disipado el peligro, no convenía prolongar la congoja de la población y al contrario, permitirle divertirse y volver al trabajo.

En aquella fecha, la enfermedad se había apagado en Sevilla. Se lo aseguraron los doctores Queraltó y Cabanilles<sup>7</sup>, así como los facultativos y cirujanos más destacados de la ciudad, los doctores Molina, Lorite, Soucrampe, Pereira, Acosta, y la comisión se convenció del hecho. Como sin embargo, corría la voz de que los hospitales de la Sangre y del Amor de Dios no se habían librado del todo de la infección, los doctores Lafabrie y Broussonnet, deseosos de averiguar la verdad, se trasladaron allí y comprobaron que no existía el menor peligro. Los estados oficiales de 30 de noviembre de 1800, les facilitaron las cifras siguientes (inferiores a la realidad) de los estragos causados por el azote: con su población de 80.588 almas, Sevilla había tenido 76.488 enfermos de los cuales 14.685 habían fallecido. En aquellas alturas, quedaban todavía 85 enfermos.

El papel asignado a la comisión en Sevilla consistía esencialmente en inspeccionar los cementerios para ver si no eran susceptibles de degenerar en nuevos focos de putrefacción en el tiempo de los primeros calores. Guiados por el comisario Pailheras, visitaron los terrenos habilitados con toda prisa en camposantos durante la época más fuerte del contagio.

En los principios de la enfermedad, las inhumaciones se hacían en las iglesias, según la costumbre. Pero pronto, fue tan abultado y descomunal el número de muertos que todas las sepulturas de las iglesias de Santa Ana, de San Vicente, rebosaban de cadáveres y pestilenciales efluvios se exhalaban de su descomposición. A partir del 3 ó 4 de septiembre de 1800, resolvieron pues las autoridades inhumar los muertos en unos cementerios. El primero se formó al noroeste del barrio de Triana. El segundo, destinado al barrio de los Humeros, se instaló entre la Puerta Real y la de Triana. Se reveló rápidamente insuficiente y fue preciso abrir otro más lejos, al norte de Sevilla, detrás del huerto del Hospital de la Sangre. Como seguía cundiendo la pestilencia, otro mayor aún, de dos aranzadas<sup>8</sup> de extensión, se creó al suroeste de la ciudad.

Frente a los anchos y numerosos hoyos que revelaban la magnitud del desastre, el doctor Berthe no pudo reprimir su emoción: «Medí, dice en su libro, con lágrimas en los ojos, la superficie y la profundidad de las zanjas en que se habían amontonado cadáveres de cualquier estado, sexo o edad. Las había todavía abiertas, otras a medio llenar o del todo vacías, espectáculo a la vez conmovedor y terrible»<sup>9</sup>. En ellas yacían los muertos por estratos separados por una ligera capa de tierra y de cal. Los acompañantes del doctor Berthe le aseguraron y después de su examen, no lo tuvo en duda, que el total de los fallecidos allí enterrados en los cuatro cementerios ascendía a unos 30.000, contradiciendo las estimaciones oficiales más bajas.

Sitos demasiado cerca de la ciudad, estos lugares de desolación excitaban la curiosidad y la piedad. La gente acudía en peregrinación para rezar y llorar a parientes y amigos, y, comenta Berthe, al ver los grandes hoyos cavados con antelación, cada uno podía

<sup>7</sup> D. Josef Queraltó, D. Ramón Sarraiz y D. Francisco Sola habían sido mandados de Madrid a Andalucía para dirigir el tratamiento de la enfermedad, encargándose más particularmente Queraltó de las fumigaciones de ácido muriático. Los dos últimos fallecieron a poco de llegar. Entonces, D. Miguel Josef Cabanilles fue elegido para sucederles en este honroso y peligroso mandato.

<sup>8</sup> Antigua medida agraria. En Sevilla, correspondía a 47,5 áreas.

<sup>9</sup> Cada zanja tenía 12 pies de profundidad, 20 de largo y 10 de ancho.